



EDITORIAL

La vocación de las trabajadoras y los trabajadores de la salud se apoya en una sensibilidad particular por reparar al otro que está presente en su personalidad desde sus primeras experiencias vinculares infantiles. Es en contacto con la función materna que se experimenta de manera primigenia el placer preverbal de ser sostenido y ayudado a estar vivo. Años más tarde en sus vidas vendrá su formación y la adquisición de los conocimientos científicos que los habilitará para ayudar a otro. El encuentro de ambos factores, las experiencias tempranas positivas y los aprendizajes técnicos, tejen la urdimbre de su identidad profesional que se cristaliza en su actividad, cotidianamente.

Así transcurre su trabajo, con éxitos y fracasos, totales o parciales, cada vez que se hace cargo del sufrimiento ajeno, repitiendo esa tensión vivencial en cada momento de su trajín en el mundo de la salud y la enfermedad. En condiciones habituales los recursos curativos y paliativos que le ofrece el conocimiento contemporáneo le permiten afrontar su tarea. Cada encuentro con un paciente renueva esa escena en la que para poder ayudar es necesario ponerse en el lugar del otro, técnica y emocionalmente, entrando y saliendo constantemente “de la piel” del que consulta.

Para entender la magnitud de la angustia y el miedo ante la enfermedad y la muerte es imprescindible esa comprensión, y para ello es necesario identificarse, co-vivenciar el sufrimiento de quien recurre a la asistencia del personal de salud; es necesario compartir su vivencia de soledad, incertidumbre y dolor a fin de iniciar el acto de curación. Sin ese movimiento anímico no se puede establecer la alianza imprescindible para iniciar un tratamiento.

Simultáneamente, para llevar dicho tratamiento a cabo hay que pensar con lucidez y aplicar los debidos conocimientos y las maniobras para instalarlo de manera eficiente y eficaz. En otras palabras, junto a un manejo de alta complejidad de los recursos terapéuticos se debe poner en juego una fina compasión por el que sufre. Naturalmente asumida, más allá del reconocimiento que los injustos salarios y las malas condiciones de trabajo le retribuyen a la gran mayoría de las y los profesionales.

En el léxico de la psicología contemporánea se utiliza mucho el vocablo empatía para definir la capacidad de percibir los pensamientos y las emociones del prójimo basado en su reconocimiento como un individuo similar a uno mismo, constituyendo una función humana sobre la que se apoya la comunicación y, por ende, el contacto social. Pero, la comprensión empática no implica forzosamente la motivación de proveer una ayuda.



EDITORIAL

La compasión, del latín *cumpassio*, derivado del vocablo griego *sympátheia*, literalmente “sufrir juntos”, es más intensa que la *empatía*, porque si bien también implica la percepción y la compenetración en el sufrimiento del otro, se amplía y completa con el deseo, traducido en acción, de aliviar o eliminar tal situación. En el sentido que la utilizamos en el análisis de la relación personal de salud-paciente, no se alude a cierta connotación caritativa originada en lástima o pena, ante la desgracia ajena, si no como actitud positiva de cuidado de los demás, actitud que resulta psicológicamente incomprensible sin el motivo de la compasión. La compasión es algo que todos los humanos podemos experimentar en muchos momentos; la diferencia está en que el personal de salud la debe poner en juego constantemente, como insumo indispensable de su actividad asistencial. Esa “dación” es parte de su buena praxis, es lo que cada paciente espera y necesita. Para el personal de salud implica un compromiso que está implicado en su quehacer, y es en gran parte fuente de su fatiga al cabo de cada jornada de trabajo.

En estos momentos de la pandemia del COVID 19, en los que los pacientes y sus familias llegan en gran número a los servicios de salud, con su carga de sufrimiento y desesperación, el esfuerzo para contenerlos y tratarlos se ha vuelto de una intensidad inusitada, en cantidad y calidad. Concomitantemente, la compasión del personal de salud debe extremarse hasta niveles que ponen en tensión su propia salud emocional. La impotencia de no contar, a veces, con una cura eficaz ante pacientes que se agravan y mueren, golpea sin cesar a quienes los atienden.

En la medicina se ha acuñado el término *agotamiento por compasión*. Un estado, mezcla de tristeza, cansancio físico y mental, y sentimientos de impotencia, que pone a dura prueba al personal de salud, día tras día. Es necesario tener compasión también por ellos, y cuidar a los que cuidan. Y esto le cabe a los responsables políticos, a los comunicadores sociales y a cada uno de nosotros. No alcanza con aplaudirlos, como se hacía al principio de la pandemia, hay que “ponerse en su piel”.

Juan Carlos Stagnaro

